

LOS ESCRITORES

Escribe: EDUARDO CABALLERO CALDERON

Hace unas semanas escribió Hernando Téllez un artículo para referirse a la acusación muy generalizada que de un tiempo a esta parte se viene haciendo —se nos viene haciendo a los escritores colombianos— de que en nuestras obras apenas se trasluce y refleja lo nacional. A Téllez respondió Mendoza Varela solicitando mayor participación de lo autóctono, de lo colombiano, en la producción literaria; aunque tuvo la gentileza de aclarar que muchos de nosotros hemos dedicado gran parte de nuestros escritos a copiar las costumbres, la vida, la historia, de esta nación en que nos cupo en suerte nacer. Luego entró a romper lanzas el poeta Luis Vidales, perteneciente a la generación llamada de los Penúltimos, que apareció en Colombia entre los años 20 y 30; y, finalmente, Antonio Montaña, quien andará a la altura de los treinta años, publicó en "El Tiempo", del viernes último, un artículo para referirse al mismo tema.

Yo encuentro esta discusión un poco bizantina. Ella se viene repitiendo en el mundo desde hace siglos, y concretamente en Colombia desde hace años. Desde el siglo XIX hubo aquí escritores partidarios y defensores de lo propio frente a escritores extranjerizantes. Contrario al señor Marroquín, autor de la novela "El Moro", que por otra parte es una magnífica novela, era el señor Caro, hombre que vivía con los ojos puestos en la antigüedad clásica y en el mundo español del Siglo de Oro. Para denigrar a Marroquín y combatir sus tendencias literarias nacionalistas o colombianistas, el señor Caro dijo esta frase cruel: "*El Moro* parece escrito por un caballo".

Toda literatura, creo yo, con excepción de la de tipo futurista, tiene inevitablemente un fondo nacional y un trasfondo universal. A veces lo universal aparece en la superficie y en otros casos es lo nacional lo que aflora a la epidermis de la literatura. Y es claro que así sea, porque en toda literatura los elementos universales son requisitos previos indispensables: son el lenguaje, que puede llamarse universal cuando nos referimos al castellano, al francés, al inglés, hablados por una gran constelación de países; cierto enfoque de la realidad impuesto por la corriente cultural a que pertenecemos; fuera de la moral que todos acatamos, dentro de la cual vivimos, ya sea que la sigamos fielmente y con el Evangelio en la mano, o que la reservemos solo de dientes para afuera y para impresionar a los demás. Yo creo que lo importante es que el escritor conozca su

oficio y tenga algo que decir o que expresar: algo que le salga de adentro, de su propia experiencia, de su propia vida, pues de lo contrario no sería sino un mero cronista o un periodista que va señalando con el dedo a la atención de los demás una serie de hechos ajenos a él mismo, de los cuales apenas es testigo. Y a propósito de esto no creo equivocarme al afirmar que una de las causas de la atonía cultural, de la esterilidad creadora que padecemos los colombianos, es la constante presión de la política aun en nuestras actividades personales. Los escritores colombianos solo con un esfuerzo heroico logramos a veces libertarnos de esas preocupaciones cotidianas que alteran el ánimo de todo el mundo. Solo a veces podemos entregarnos a la lectura de los autores que nos gustan, a la meditación de los problemas que nos interesan y a escribir novelas, ensayos o poemas. Pesa sobre nosotros, aunque no lo queramos y nos resistamos a aceptarlo, la deprimente consideración de que lo que estamos leyendo en el momento de llegar el periódico de la tarde con las últimas noticias, lo que estamos escribiendo cuando la radio del vecino nos aturde con la información de una nueva hecatombe de campesinos en Caldas, carece de importancia por el hecho de que carece de actualidad.

Lo peor del caso es que, quienes tenemos la profesión de escribir, tenemos que escribir por la fuerza pero no sobre lo que quisiéramos escribir, sino sobre lo que nos impone el acontecimiento diario. Derivamos fatalmente hacia el periodismo. Nos convertimos en meros comentaristas, en simples cronistas del suceso diario, dejando siempre para luego, para más adelante, para cuando tengamos un respiro, la tarea de ponernos a leer lo que nos gusta y a escribir para dar evasión a experiencias e ideas que se han ido acumulando en nosotros con el transcurso de los años. Por eso digo yo que el problema de los escritores en Colombia no es el que reflejen más o menos bien en lo nacional o el que se dejen tentar por las sirenas europeas. El problema es que los escritores en Colombia no pueden escribir.